

confiado el mando de la armada. Cortés no era mas que un rebelde que habia usurpado un puesto y unas facultades que no le correspondian.

Viendo el oidor que eran inútiles las razones y los consejos, pasó á lo judicial. Manifestó las órdenes que llevaba, y se las notificó por medio de un escribano real que habia llevado consigo, acompañándolas de varios requerimientos y protestas. El gobernador se exaltó con aquel paso; y creyendo que el nombramiento de Adelantado que habia recibido poco hacia del rey de España, le daba derecho á disponer lo que juzgase conveniente en su distrito, contestó que eran inútiles las razones y los requerimientos, porque estaba resuelto á castigar al rebelde Hernan Cortés.

Conociendo Ayllon que era imposible detener la partida de la flota, no insistió mas en disuadir al iracundo gobernador. La prudencia del oidor cautivó á Velazquez, quien desde aquel instante le trató con las mas altas consideraciones. En una de las amistosas conversaciones, Ayllon manifestó al gobernador vivos deseos de ir con la escuadra, para conocer el rico país de que todos hacian extraordinarios elogios. Velazquez le ofreció que podia marchar en uno de los buques; y aceptada la oferta, el oidor pasó á bordo en los momentos de ir á salir la armada. El gobernador celebró la resolucion del licenciado, porque así llegaría mas tarde á noticia de la real Audiencia las atrevidas contestaciones que habia dado á su representante. Por su parte Ayllon se habia propuesto, al embarcarse, el fin mas noble y mas digno. Viendo que era de todo punto imposible impedir la salida de la escuadra, resolvió marchar en ella para evitar, si era posible con su presencia, un rom-

pimiento entre las fuerzas de Pánfilo Narvaez y de Hernan Cortés. Lejos de la isla de Cuba, acaso el primero respetaria las disposiciones de la Audiencia, y podria avenirse á un arreglo amistoso y justo con el segundo.

El gobernador de Cuba, saboreando anticipadamente el triunfo sobre su rival, discurria con el jefe de la expedicion sobre las disposiciones que serian convenientes para el gobierno de las provincias de la Nueva España. Respecto de Hernan Cortés, le dió instrucciones privadas que Pánfilo de Narvaez escuchó con marcada satisfaccion. Debía no perdonar medio ninguno para prenderle; y conseguido esto, enviarle con buena y segura guardia á Cuba, para aplicarle, por sí mismo, el castigo que como rebelde merecia. Lo mismo debía hacer con los capitanes que le seguian, si no desertaban de sus banderas antes de ser vencido. El nuevo general en jefe iba facultado por Diego Velazquez para tomar posesion, en nombre de éste, de todas las provincias conquistadas, adjudicándolas al territorio de la jurisdiccion.

Muchas personas notables de la isla se habian alistado para ir en la expedicion. Se contaba, entre ellas, Andrés de Duero, secretario del gobernador de Cuba, que, en union del contador Amador de Lares, trabajó activamente en favor de Cortés al principio de su fortuna, recomendándole á Diego Velazquez como el mas digno para el mando de la armada. Hay quien juzga que el objeto de Duero, al ir en la expedicion, no reconocia mas móvil que el de recordar á su recomendado, la parte que, sin mas fundamento que el de la suposicion, dicen que le ofreció de sus ganancias. Para otros, su embarque reco-

nocia un principio mas patriótico y noble. Poner todos los medios que estuviesen á su alcance para evitar un rompimiento entre los dos ejércitos, evitando así la ruina de su antiguo amigo, en cuya conducta nada encontraba contrario al servicio del rey ni de la religion. Lo primero está en contraste con la digna conducta que observó en los acontecimientos que se sucedieron. Lo segundo es lo admisible, pues se encuentra en perfecta armonía con los actos en que tomó parte.

1520. La flota se hizo á la vela en los primeros
 Marzo. Sale de dias de Marzo de 1520. La isla de Cuba que-
 Cuba
 Narvaez contra daba casi sin gente de guerra. Toda se habia
 Cortés. apresurado á alistarse en aquella expedicion,
 entusiasmada por las noticias lisonjeras que se tenian de la belleza y dulce clima del rico suelo de la Nueva España. La escuadra siguió el mismo rumbo que habia llevado la de Hernan Cortés, y costeano la península de Yucatan donde se desató una tormenta que echó á pique un buque, ahogándose algunas personas, llegó el 23 de Abril á San Juan de Ulua, donde ancló.

Pánfilo de Narvaez mandó en un bote varios soldados á tierra para que adquiriesen noticias de lo que deseaba saber. Pronto encontraron quien les diese informes exactos. Un soldado de los que Hernan Cortés habia enviado á saber noticias de la flota, se presentó en la playa. Habia visto, desde la costa, aproximarse los buques, y se acercó á sus compatriotas, resuelto á quedarse con ellos y separarse de su general. Por él supo Pánfilo de Narvaez la alianza de los cempoaltecas con los españoles; las victorias alcanzadas sobre los tlaxcaltecas; la union íntima de éstos con

Cortés; la entrada en Méjico; la prision de Moctezuma; el reparto del tesoro, y todos los acontecimientos que se habian operado desde que habian pisado las playas de la Nueva España. Despues de ponderar la riqueza del país y la belleza de sus grandes ciudades, concluyó diciendo que Cortés era obedecido por los indios, como si fuese el soberano, y que «un solo español podia recorrer de un extremo al otro el país entero, sin temor de ser molestado en lo mas mínimo» (1). Pocos instantes despues se presentaron otros dos soldados de los encargados por Cortés de reconocer los sitios minerales. Ambos pertenecian á los que siempre se habian manifestado partidarios de Velazquez; y pintaron á Cortés como opresor y tirano de sus soldados; castigándolos severamente por la menor falta; haciéndoles trabajar constantemente como á míseros esclavos, y prohibiéndoles aun del consuelo de quejarse. Calumnias con que pretendian lisonjear á Pánfilo de Narvaez y ganar su favor y consideracion.

Las noticias fueron escuchadas con asombro por los nuevos expedicionarios. Pánfilo de Narvaez se regocijó interiormente, acariciando la lisonjera esperanza de ver preso y humillado á Hernan Cortés, y de alcanzar el res-

(1) «La cual tierra sabe é ha visto este testigo que el dicho Hernan Cortés tiene pacífica é le sirven é obedecen todos los indios; é que cree este testigo que lo hacen por causa que el dicho Hernan Cortés tiene preso á un cacique que dicen Montezuma, que es señor de lo mas de la tierra, á lo que este testigo alcanza, al cual los indios obedecen, é facen lo que les manda, é los cristianos andan por toda esta tierra seguros, é un solo cristiano la ha atravesado toda sin temor.» *Proceso y pesquisas por la Real Audiencia*, MS.

peto y la obediencia de todos los habitantes de aquellas fértiles regiones.

El general saltó á tierra con el ejército, dejando en los buques la marinería, y pronto se levantaron, en el mismo sitio de la playa en que desembarcó Hernan Cortés, y en que hoy está el puerto de Veracruz, ligeras chozas de palos y enramada. El campamento español se llenó al momento de indios, ansiosos de ver á los hombres blancos que juzgaban amigos de los que ya estaban en el país.

Narvaez manifestó deseos de formar una colonia en el sitio en que se hallaba el campamento; pero uno de los tres soldados le hizo desistir de su intento, ponderándole lo malo del clima. Le dijo que á corta distancia se encontraba la poblacion de la Villa Rica, fundada por Cortés. Estaba guarnecida por unos pocos inválidos, mandados por Gonzalo de Sandoval, y era seguro que entregarían la plaza en cuanto se acercase á ella. Narvaez envió entonces unos comisionados, para que manifestasen sus poderes al gobernador de la colonia y exigiesen la obediencia de la guarnicion. Las personas encargadas de presentar sus poderes, fueron un sacerdote, llamado Guevara, hombre de carácter vivo y de talento; un pariente del mismo Diego Velazquez, apellidado Amaya, persona de alguna suposicion; y un escribano llamado Vergara. Deseando desempeñar pronto y fielmente su comision, se dirigieron á la Villa Rica, acompañados de tres soldados que debían servir de testigos.

Llegados á la presencia de Sandoval, y despues de los saludos que exige la buena educacion, el sacerdote Guevara pronunció un estudiado discurso, que no dudó produciría un resultado brillante. Puso en conocimiento del go-

bernador de la plaza, las numerosas fuerzas que enviaba Diego Velazquez á las órdenes de Narvaez para castigar la desobediencia de Cortés. La conquista pertenecia al gobernador de Cuba, pues por disposicion suya y á sus expensas se habia dado principio á ella. Trató de rebelde á Hernan Cortés, acusando de igual delito á los que le seguian; y terminó pidiendo á Sandoval que pusiese á disposicion de la autoridad legítima la plaza, y exigiendo que prestase obediencia al jefe enviado por el gobernador y adelantado Diego Velazquez.

Irritado el gobernador de la villa con las ofensivas palabras pronunciadas contra Hernan Cortés y sus adictos, contestó lacónica, pero enérgicamente, al discurso del enviado de Narvaez. Le dijo que habia andado torpe al acusar de rebeldes á los que blasonaban de nobles caballeros. «Aquí, añadió, somos todos, sin excepcion ninguna, mejores servidores del rey y de Dios, que Diego Velazquez y el general que envia con la escuadra; y creed que si no fuera por el respeto que tengo á vuestro carácter sacerdotal, os aplicaria el severo castigo que merece vuestro atrevimiento y falta de educacion» (1). Guevara, exaltado á su vez por la amenaza, ordenó al escribano Vergara que mostrase las órdenes que llevaba para que todos obedeciesen. «Guardaos de sacar ni de leer ningun papel aquí, dijo Sandoval al notario, porque mandaré castigaros se-

(1) «Señor padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aqui somos mejores servidores de su majestad que no Diego Velazquez ni ese vuestro capitan; y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza.» — Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

veramente. Si algo teneis que comunicar, en Méjico está la persona á quien debeis dirigiros.» Se detuvo temeroso el escribano, y Guevara, ciego de ira, exclamó: «que obrase como correspondia con aquellos traidores» (1).

No pudo tolerar esta última palabra Sandoval. Mandó á sus soldados que los pusiesen presos; y poco despues mando que en hombros de los indios *tamemes* ó cargadores, fuesen llevados á Méjico á toda prisa y presentados á Cortés.

La orden fué obedecida en el acto. Les colocaron en una especie de redes en que los indios cargaban, y valiéndose de los nativos que trabajaban en hacer las fortificaciones, se emprendió aquel viaje original. La marcha era rápida. Los indios corrian sin cesar, y solo se detenian en las postas, donde los entregaban á otros que corrian hasta la otra posta para hacer lo mismo, sin darles lugar á volver de su sorpresa ni de tomar mas que, á toda prisa, algo de comer. De esta manera caminaron de noche y de dia, pasando por bosques, montañas, villas y ciudades, sin poderse dar cuenta de lo que les acontecia, creyéndose dominados de algun sueño del que no podian despertar, y mirando cada uno asombrado, cómo llevaban á sus compañeros. Así llegaron á Méjico á los cuatro dias, cruzando una distancia de cien leguas, en que vieron pasar las cosas á sus ojos como figuras de fantasmagoría, que les hacia aun dudar si estaban despiertos (2).

(1) «¿Qué haceis con estos traidores? Sacad esas provisiones y notificádselas.»—Bernal Diaz. *Historia de la Conquista*.

(2) Bernal Diaz pinta este hecho con bastante gracia. «Que los llevasen presos á Méjico; y no lo habia bien dicho, cuando en jamaquillos de redes, como

Al aproximarse á las puertas de la ciudad, algunos soldados españoles que iban custodiando á los presos, mandaron hacer alto á los indios, para que descansasen y tomasen algun alimento los custodiados.

Entre tanto veamos lo que pasaba en los cuarteles españoles.

ánimas pecadoras los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestas, y en cuatro dias dan con ellos á Méjico, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban; é iban espantados de que veian tantas ciudades y pueblos grandes que les traian de comer, y unos les dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si eran encantamiento ó sueño.»